

EL GENERAL POLAVIEJA Y SU MANIFIESTO REGENERACIONISTA EN LA CRISIS DE VALORES DE 1898. Resumen del trabajo de investigación.

Alfredo López Serrano
Noviembre 1996

Desde el comienzo de la tercera guerra de Cuba en 1895, un cambio profundo de mentalidad en los españoles se iba abriendo paso en la opinión pública junto a las grandilocuentes declaraciones belicistas. Antes del descalabro militar de 1898, los regeneracionistas tomaron conciencia de la ruina moral de España y fueron los primeros portavoces del necesario cambio de valores. Después sobrevino la paz, la exigencia de responsabilidades, la búsqueda de las razones del *Desastre*.

Salvo para la Marina de Guerra española, todo podía haber sido peor. Una Hacienda desgastada por el conflicto bélico y una situación económica sujeta con alfileres vivieron con alivio el fin de la contienda casi a cualquier precio. Una dinastía aparentemente amenazada logró superar la prueba de su permanencia. Las reglas del juego político de la Restauración, puestas en entredicho en 1898, en definitiva sólo sufrieron retoques de matiz...

Sin embargo, algo más sutil había comenzado a desmoronarse. Más que la indignación patriótica ante la derrota, predominó la apatía, la falta de "pulso" de la sociedad española, cuando no la alegría sin paliativos de los familiares al regresar los soldados o la despreocupación de los espectáculos taurinos. Periodistas y políticos entendían que todo ello eran "síntomas" de una sociedad "enferma" pero sólo algunos intelectuales supieron percibir que lo que se producía era una verdadera crisis ideológica y una nueva manera de entender España.

Fue un general, Camilo García de Polavieja (Madrid, 1838-1914), el primero que entrevió una alternativa política que diera respuesta a una opinión pública ansiosa de soluciones, mediante la publicación de su carta-manifiesto regeneracionista en septiembre de 1898 y un movimiento de adhesiones a su programa que alcanzó gran vigor, sobre todo en Cataluña, apelando a lo que se llamó la *masa neutra*, a ese sector social no politizado hasta entonces.

La figura de Polavieja, algo olvidada y casi reducida al conocimiento de los especialistas hasta estos últimos años, suscita hoy opiniones enfrentadas, poco más o menos igual que hace un siglo. Denostado por su política de mano dura en Cuba y en Filipinas, por su falta de visión política al permitir el fusilamiento de Rizal, pero otras veces admirado por su visión de futuro sobre el problema antillano, por su respeto a la legalidad y su incorruptibilidad, Polavieja es uno de los personajes claves en el turbio ambiente político de 1898, junto a otros generales de prestigio: la fidelidad de la cúpula militar a la Corona en los difíciles momentos posteriores al *Desastre* contribuyó, indudablemente, a salvar la estabilidad del régimen político de la Restauración.

Pero la relevancia de Polavieja no sólo se limita al terreno político o militar, sino que, durante aquellos críticos meses, se constituyó en portavoz ante la opinión pública, de los nuevos valores emergentes de la sociedad española y de grupos sociales no demasiado definidos, aunque normalmente identificados con las clases medias, que comenzaron a ganar protagonismo a partir de aquellos años.

El general cristiano

De familia noble y acomodada, Camilo García de Polavieja perdió a su madre a los tres años y a su padre, ya completamente arruinado, a los diecinueve. Ingresó entonces como soldado voluntario y, por méritos de guerra, ascendió rápidamente en las campañas de África, Santo Domingo y Cuba, en donde se convirtió en ayudante de Martínez Campos, con el que combatió la insurrección cantonal y en la tercera guerra carlista. Volvió a Cuba con dicho general y terminó la Guerra de los Diez Años con el grado de Mariscal de Campo.

Su gestión como Gobernador Civil y Comandante General en Puerto Príncipe y en Santiago de Cuba, ciudad desde donde controló la segunda insurrección cubana, llamada la Guerra Chiquita (1879-1880), le valieron varias condecoraciones y el ascenso a Teniente General, graduación en la que permanecería durante treinta años.

A pesar de la victoria, la experiencia bélica en la Gran Antilla le convenció de los irrenunciables deseos de independencia del pueblo cubano y, desde entonces, expresó ante el general Blanco, entonces Capitán General de Cuba, sus opiniones sobre el conveniente abandono de la Isla, asegurando los intereses económicos españoles en la zona (Carta a Blanco, 4 de junio de 1879, Archivo General de Indias, en adelante AGI, Diversos, 9b), opiniones que serán absolutamente desoídas por los responsables políticos en materia colonial, que respaldaban un mercado antillano controlado de forma monopolista por unos pocos empresarios, con los que estaban asociados o emparentados, como han señalado Serrano y Cayuela, entre otros.

Polavieja abandonó Cuba en 1880, pues había contraído una enfermedad hepática de carácter crónico que se verá recrudecida por el clima tropical. Desde 1883, ocupó el cargo de Capitán General en Sevilla, pero siete años más tarde, en 1890, aceptará el puesto de Capitán General de la Isla.

Dicho nombramiento supuso para Polavieja una oportunidad de entrar en el más alto nivel dentro de los generales políticos del momento. Desde ese puesto, su voz podría abrirse paso más fácilmente en las Cortes y ante los miembros del gobierno. Polavieja intentó aprovecharlo, planteando alternativas a la situación colonial imperante. Y así, sostuvo de nuevo que lo más provechoso para los intereses de España era la retirada militar y política de Cuba en tiempo de paz, en las condiciones económicas más ventajosas, antes de sufrir la humillación de ser expulsados por las armas y con perjuicios económicos graves. Por otro lado, pensaba Polavieja, la alianza con una Cuba independiente mantendría los intereses españoles en sus antiguas colonias y frenaría el avance de los Estados Unidos de Norteamérica. Era una visión estratégica de conjunto que coincidía, paradójicamente, con las opiniones de José Martí, como ha indicado recientemente Demetrio Ramos.

Estas ideas, comunicadas reiteradamente ante el Ministro de Ultramar, Antonio M^a Fabié, y en medios parlamentarios (AGI, Diversos, 11, 13), seguían chocando con los intereses de una minoría de hacendados y empresarios que controlaban los resortes del Estado en materia colonial.

Sin embargo, la imagen que Polavieja dejó traslucir ante sus subordinados o ante los diplomáticos extranjeros se atuvo siempre a la disciplina militar y sus actos estuvieron orientados a mantener el máximo tiempo de soberanía española en las Antillas. El cónsul mexicano en La Habana atestigua la fama que precedía al general...

"los que le conocían le pintaban como hombre de pocas palabras, dominante, frío, casi nada comunicativo y mal queriente del progreso de las nacionalidades que en un tiempo constituyeron colonias españolas" (A.C. Vázquez, La Habana, 29-VIII-1890, Libros de Gobernación y Relaciones Exteriores, Archivo General de la Nación, México).

Muy pronto, el mismo cónsul podrá comprobar, según su propio testimonio, lo partidista de las opiniones vertidas contra Polavieja. La madre del general era mexicana, lo que junto a su larga permanencia en Cuba pudo hacerle sensible o estar familiarizado con los problemas de la dominación colonial española en América, pero era muy consciente de los numerosos enemigos que le granjearon sus opiniones y su actuación, tanto entre españoles como entre los cubanos.

En definitiva, sus propuestas no tuvieron ningún eco en la política gubernamental hacia Cuba, y continuaron las viejas tendencias coloniales españolas. Al decir de Polavieja, no había una verdadera política colonial en España, pues no era tenerla que cada ministro tuviera la suya propia, al contrario de la unidad y continuidad en la política colonial de los Estados Unidos, a pesar de sus cambios de gobierno.

Sólo dos años después de su nombramiento, Polavieja dimite como Capitán General de Cuba, debido a desavenencias cada vez mayores con el nuevo Ministro de Ultramar, Romero Robledo. A partir de ese momento y hasta finales de 1896, las combinaciones políticas le tienen marginado de los puestos de relevancia en materia colonial. Desde 1893, Polavieja es presidente de la Cruz Roja Española, organización que cobró un gran vigor desde ese momento y que le permite mantener relaciones muy fluidas con la jerarquía eclesiástica: Polavieja es ennoblecido por la Santa Sede en 1895. Simultáneamente, Polavieja ostenta el cargo de Jefe del Cuarto Militar de la Reina Regente. En Palacio, Polavieja había contado con la poderosa influencia de su primo Guillermo Morphy, secretario personal de María Cristina. La política no le impide, pues, afianzar sólidamente su prestigio en medios militares, eclesiásticos y entre la familia real.

Su salto a las primeras planas de los periódicos se produce tras su nombramiento, en noviembre de 1896, como Capitán General de Filipinas, en sustitución del general Ramón Blanco, a quien se acusaba de mantener una posición pusilánime ante la rebelión iniciada ese mismo año en aquel archipiélago. Al parecer, en la designación de Polavieja fue decisiva la influencia de la Regente María Cristina, inspirada, según José Andrés Gallego, por el cardenal Cascajares, a pesar de la oposición, nada menos, del Presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo.

La mayoría de los historiadores destacan el carácter represivo de la actuación de Polavieja entre los tagalos, haciéndole responsable de la ejecución de José Rizal, el pacífico héroe de la resistencia filipina. Si bien se trataba de un proceso que Blanco había iniciado, al arrepentirse (ante las constantes acusaciones de blandura) del salvoconducto que dio a Rizal para viajar a Cuba en calidad de médico, lo cierto es que Polavieja fue quien terminó firmando

la sentencia de muerte de Rizal, al que consideró culpable de acuerdo a las leyes vigentes entonces (Carta a Tomás Castellanos, AGI, Diversos, 29), si bien algunos apologetas del general, como Isern en 1907, pretendieron, no sin razones, exculparle completamente de aquellos hechos.

La fanática resistencia que los tagalos ofrecieron a las armas de Polavieja, precisamente en las zonas en donde las órdenes religiosas habían sido, hasta la rebelión, las principales propietarias, indujeron a pensar al nuevo Capitán General que una de las causas de la virulencia de la insurrección había sido la subida de las rentas impuesta por los frailes a la población, como una consecuencia más de la crisis económica que atravesaba la metrópoli y, por ende, sus colonias. Los frailes filipinos habían hecho todo lo posible para la sustitución de Blanco, al que acusaban de connivencia con la masonería. En el Marqués de Polavieja esperaban encontrar el sable que pondría de nuevo las cosas a su lugar, pero éste amenazó a las órdenes religiosas con una desamortización, si no cedían "caritativamente" en sus derechos (Carta a Silvela, marzo 1897, AGI, Diversos, 29).

Una monótona sucesión de victorias españolas caracterizan los primeros meses de 1897, superando todas las defensas de los insurrectos. Pero Polavieja solicita entonces refuerzos, a lo que el gobierno responde advirtiéndole de lo contraproducente de ese posible envío para las cotizaciones de los valores españoles en la bolsa de París y para el propio prestigio de general (AGI, Diversos, 34). Polavieja, que consideraba perdida Cuba, a la que se destinaban infructuosamente tantos recursos materiales y humanos, y veía en los archipiélagos españoles del Pacífico la oportunidad de una salida colonial para España, terminó dimitiendo alegando motivos de salud, aunque en el fondo contrariado por la postura gubernamental.

En el camino de regreso, junto a su vieja dolencia hepática, se vio afectado por una conjuntivitis que le obligó a taparse un ojo, por lo que, al llegar a Barcelona, el 13 de mayo de 1897, la imagen del militar herido (al menos eso parecía por el vendaje del ojo y las gafas oscuras, aspecto con el que será retratado a menudo, incluso mucho tiempo después), conmovió a la multitud. Además, el general dispuso que antes de él desembarcasen y pasasen por el arco del triunfo erigido al efecto los soldados heridos y enfermos llegados de Filipinas (*El Noticiero Universal*, Barcelona, 15-III-1897).

Amor patriae in radice charitatis fundatur: comparar la entrega por la patria con el sacrificio de Cristo era un claro arcaísmo a finales del siglo XIX, como ha sugerido Anta, pero no carecía de cierta vigencia en el ánimo popular, consternado por las dificultades económicas que atravesaba España, y especialmente Cataluña, en aquellos momentos. Desde la recepción en el muelle de Barcelona, a Polavieja se le reconocerá, a veces con sorna, como *el general cristiano*.

La opinión pública, sedienta de victorias, y diversos sectores políticos o sociales descontentos con la gestión de Cánovas (fusionistas, grupos de militares, parte de la jerarquía eclesiástica, integristas, burguesía catalana) ensalzaron los éxitos militares de Polavieja de tal manera que, sin ser definitivos, convenientemente orquestados por la prensa, consiguieron afianzar su imagen de héroe de Cavite y salvador de la patria. A partir de entonces, en él se pusieron todo tipo de esperanzas militares y políticas. Se esperaba la regeneración general del país, pero para muchos esto implicaba un cambio gubernamental. A pesar de la insistencia de la

prensa en el talante apolítico del general, parecía inevitable que el nivel de politización de los actos de recibimiento se elevara cada vez más.

"El Gobierno se encuentra en una situación comprometida: a la altura que hemos llegado no puede prohibir las manifestaciones de Barcelona, Zaragoza y Madrid; y si estos actos alcanzasen proporciones grandiosas, significarían un voto de censura al mismo. Si sucediese así, la vida del gabinete estaría en manos del general Polavieja" (*La Opinión de Barcelona*, 15-III-1897).

El triunfal espectáculo del recibimiento a Polavieja, en medio de una guerra y de una situación económica y social tan difícil, genera la crítica amarga de varios periodistas:

"¡Pobre pueblo! ¡Tema obligado de la ambición e hipocresía! ¡Ahí le tenéis dando sus hijos y su dinero; el dinero del hambre y los hijos de sus entrañas, sin más recompensa que la esperanza incierta del regreso a la patria! ¡Pobre pueblo, eterno paralítico que espera quien le sumerja en la piscina de la salud al primer movimiento de las aguas! (*La Publicidad*, Barcelona, 15-III-1897).

En Zaragoza, el gobierno interviene solapadamente para deslucir los actos de bienvenida: se cambian horarios de trenes para evitar concentraciones, los miembros del Ayuntamiento no asisten... Basilio Paraíso, en nombre de comerciantes e industriales, había declarado previamente que "con el Ayuntamiento o sin Ayuntamiento" la manifestación se haría, aunque, finalmente, resultó algo deslucida (*Diario de Avisos*, Zaragoza, 14-V-1897).

En Madrid, en cambio, sí se produjo un gran recibimiento popular. Se llegó a suspender la corrida de toros prevista en la capital, lo que no sucedería, por ejemplo, un año más tarde, al conocerse las noticias de la derrota naval de Santiago de Cuba. El eco en la prensa de la manifestación y de los actos realizados fue enorme. Los organizadores, Rafael Gasset y un sector de la burguesía madrileña, pretendían evitar la politización, pero demasiados factores obraban en sentido contrario. Los seguramente sinceros afanes regeneracionistas de Polavieja reforzados por una multitud que le aclamaba, el convencimiento de que podía campar en la arena política como se conquista una trinchera... y que no hubo nadie detrás que le dijera "recuerda que eres mortal", siguiendo el rito aplicado a los vencedores romanos, sino grupos políticos que jaleaban su ambición y que veían en él una palanca de acción política, llevaron al general a la decisión de entrar de lleno en la lucha por el poder. A partir de ese momento comienza "la hora de Polavieja" según la expresión de Carlos Seco Serrano.

Leyendo entre líneas las numerosas cartas de felicitación de su archivo podemos adivinar la situación desesperada de los que aprovechan la oportunidad para reclamar algún favor, una recomendación para un cesante, un puesto de guardia en el Ayuntamiento a un mutilado de guerra, que interceda por unos presos, ayuda económica para una viuda y unos huérfanos... Un "testigo" pide la intervención de Polavieja en la reclamación, después de veinte años de infructuosos intentos, de los ahorros de un soldado

"muerto en Cuba defendiendo esto que llaman Patria cuando V.E. también allí se hallaba. ¡Qué pago, señores, qué pago! V.E. conoce perfectamente (no como otros generales de la Academia que no saben lo que se traen entre manos) lo sagrado que son los ahorros del

soldado, descontados mensualmente de sus haberes [...] Como estas reclamaciones no llegan nunca a conocimiento de quien debe remediar esos males, porque no les tiene cuenta a ciertos generales que se han apoderado al parecer de estas herencias, darle curso a las continuas reclamaciones hechas por los herederos de estos infelices que pagan el pato siempre, y en vez de ser remunerados sus servicios con festejos muy merecidos, se les roba lo que es suyo y en paz descansen" (AGI, Diversos, 34).

Estas comunicaciones son un verdadero testimonio del "desastre real, sufrido por el pueblo español en sus capas económicamente más débiles", en palabras de José María Jover en 1981, y que en un artículo reciente sigue reclamando mayor atención de los historiadores españoles hacia problemas más inmediatamente humanos, como el sufrimiento, la muerte o la enfermedad.

El descontento, la tensión y la politización antigubernamental creciente de la bienvenida, denunciada antes de comenzar las manifestaciones, propiciaban posibles conflictos y rumores a la menor alteración del protocolo, y eso fue precisamente lo que ocurrió. Algún periódico comentó que la reina *rogó* que Polavieja acudiese a Palacio... lo que fue desmentido inmediatamente por otros diarios. Otros rumores parecidos no tuvieron mayor eco, pero sí el incidente *del balcón*, que se produjo cuando, al terminar Polavieja la visita al Palacio Real, la Regente, acompañada de sus hijos, se asomó a un balcón del palacio e intercambió calurosos saludos con el general que ya había subido al carruaje. Los suspicaces políticos que hacían la oposición a Cánovas comentaron que el acto de la Reina podía poner en entredicho la autoridad del gobierno.

El suceso alcanzó mayores dimensiones cuando, intentando apagar los rumores, el diario canovista *La Época* publicó que Cánovas había recibido explicaciones de la Regente (sin que él las pidiera, lo que no creyó la prensa antigubernamental, como indica Fernández Almagro), por lo sucedido. María Cristina se excusó, indicó el rotativo, diciendo que pasaba *por casualidad* por ese balcón cuando recibió el respetuoso saludo del general desde su coche. Ciertamente o no, el revuelo originado fue generalizado en toda la prensa española y atizó las animosidades contra Cánovas.

De cualquier modo, el incidente nos da idea de las amenazas de las poderosas fuerzas que empezaban a manifestarse alrededor de Polavieja, y de cómo su prestigio militar estaba siendo capitalizado políticamente. Los rumores de que Polavieja contaba con la confianza de la Reina aumentaron a partir de este momento, al igual que su renombre ante la opinión pública. El general inicia entonces sus contactos con personalidades políticas de Madrid, como antes ya lo hiciera en Barcelona y Zaragoza.

En agosto de 1897, Cánovas es asesinado por el anarquista italiano Michele Angiolillo, que indicó, al tiempo que cometía el magnicidio, como para que no quedasen dudas, los móviles de su acto: la venganza por las torturas y ejecuciones del grupo de anarquistas que fueron víctimas de los célebres procesos de Montjuïc. Algunos historiadores como Carlos Serrano, confirman que los gastos de viaje de Angiolillo desde París fueron pagados por un grupo de cubanos, capitaneados por Betances, residentes en la capital francesa, y apuntan la hipótesis de la relación del magnicidio con los intereses antillanos. En su momento no se hicieron más averiguaciones, pero hoy podemos preguntarnos, como lo hace Moreno Fragnals ¿se repetía quizás la historia de Prim, sobre cuyo asesinato se dice que el gatillo del trabuco que lo mató se apretó en La Habana?

En medio de la inseguridad política, la reina llama a capítulo a los principales generales, entre ellos Polavieja, que dio garantías de estabilidad a la Regente ante la cesión del poder a Sagasta, según se desprende de los documentos que aportó Romero Maura.

A comienzos de 1898, entre las alarmantes noticias procedentes de Cuba, el general publica el libro *Relación documentada de mi política en Cuba. Lo que vi, lo que hice, lo que anuncié...* Bajo ese título de ecos cesarianos y fatalistas, se revelan a la opinión pública las ideas políticas de Polavieja sobre la cuestión colonial, que hasta ese momento, como ya hemos indicado, sólo se habían difundido en los estrictos límites militares, en las Cortes a través de alguno de sus familiares y, con cierta excepcionalidad, en la pluma de algún periodista adicto a su persona como lo fue Gonzalo de Reparaz. Cumpliéndose puntualmente los proféticos anuncios de Polavieja, la falta de previsión de los gobiernos de la metrópoli sobre la situación en las Antillas había llevado a un callejón sin salida al dominio español en Cuba al comenzar 1898. Demasiado tarde para cambiar una política secular, el libro de Polavieja sólo sirve para consolidar su prestigio ante la opinión pública, en un momento en el que nadie encuentra una salida ni al problema antillano ni al problema de España. El objetivo de su manifiesto de septiembre es, precisamente, proponer a la opinión pública esas ansiadas soluciones, en lo que constituye un poco disimulado plan de gobierno.

Sorprendentemente, en 1898 nada ocurrió, se suele repetir irónicamente; y así fue en muchas facetas de la política española del momento, a pesar de las derrotas navales en los archipiélagos antillano y filipino. No se hundió la dinastía, no se alteró el turno de partidos, no se tambaleó la oligarquía, no rebrotó el carlismo. Se había temido una revuelta popular pero, en 1898, nadie se movilizó violentamente. Fue la propia autonomía de la organización y funcionamiento de la red informativa y política la que no permitió conocer verdaderamente los deseos del pueblo español, acostumbrado a la pasividad por el sistema político de la Restauración, como señaló Varela Ortega.

Las viejas estructuras políticas no aceptaron el reto de integrar en el sistema a una nueva sociedad de masas y mantuvieron momentáneamente su resistencia a la participación democrática, pero se desplomó la mentalidad en que se sostenían, de forma que se produce, a partir de 1898, un divorcio entre las instituciones y los nuevos valores de la vida social y política: las semillas de este cambio de mentalidad irán transformando la sociedad española a lo largo del nuevo siglo que iba a comenzar.

Una variante más del regeneracionismo

Con su carta-manifiesto regeneracionista (cuya redacción podría deberse a Augusto Suárez de Figueroa, según algunos testimonios, y a Santiago Mataix, según otros, junto a varios colaboradores) y el posterior movimiento de adhesiones a su programa, el general Polavieja se hacía portavoz, en medio de la crisis de 1898, de una serie de colectivos que no habían tenido la oportunidad de hacer valer su potencial político en el sistema de turno pacífico de la Restauración puesto en escena por Cánovas del Castillo.

Inicialmente, el manifiesto pasó desapercibido entre las intervenciones parlamentarias y en medios periodísticos. Tal vez la dimensión de los problemas en los momentos que rodearon la firma del Tratado de París y, sobre todo, la obviedad de muchas de las ideas del texto, que ya

estaban en la mente de buena parte de los españoles ("... yo apelo al sentimiento público con ideas que son de todos", declara el general en el manifiesto), explican la tibia respuesta social inmediata a su publicación, sin restar su valor como testimonio de la mentalidad de una época, si bien su alcance se apreciaría en el gran movimiento de adhesiones que suscitó.

El general propugnaba en su manifiesto la reforma del ejército y el servicio militar obligatorio, proponía una amplia descentralización administrativa (lo que era una novedad en un general madrileño) y el fomento de la riqueza, y rechazaba el caciquismo y las escandalosas actuaciones políticas de los partidos de la Restauración. Esta variante del regeneracionismo de difícil clasificación gozó de amplias simpatías en el ejército, captó momentáneamente a la burguesía catalana, donde Polavieja encontró a la mayoría de sus partidarios, estaba respaldado por sectores de la Iglesia católica que coquetearon con el integrismo y el carlismo, y tuvo un fuerte apoyo inicial de los demócratas de Canalejas. El Marqués de Lema llegó a bromear sobre el "todo vale" del general a la hora de aceptar las adhesiones a su programa.

Por su parte, Tuñón de Lara lo calificó de pseudo-regeneracionismo, para diferenciarlo del de Unamuno o el de Costa, no prestando atención a las enormes coincidencias entre el programa de Polavieja y el de don Joaquín, y que ninguno de los intentos regeneracionistas se halló exento de contradicciones. Coincidían en diagnosticar que la sociedad española estaba enferma, pero entre los regeneracionistas había una enorme variedad al interpretar los síntomas, jerarquizar las causas del mal o sugerir remedios.

Todos los aspectos de la vida nacional fueron puestos en cuestión a raíz del *Desastre*. Los intelectuales criticaron la organización política, el sistema educativo, la forma de hacer historia..., pero mostraron el mayor interés al tratar la personalidad de los españoles. Las soluciones propuestas a los males del país, sin ser uniformes, siempre pasaban por la lucha contra el carácter nacional, contra la pereza, la infravaloración del trabajo, la picardía, la ignorancia militante, la abulia,... que habían conducido a la, considerada por todos, penosa situación de 1898. Los valores en los que se había fundado la sociedad española estaban caducos.

Valores viejos, valores nuevos

El análisis de los males morales de la España del momento se lleva a cabo entonces desde puntos de vista muy diferentes. Abundan los que, pertrechados con un bagaje de valores tradicionales, ven en la sociedad del momento una corrupción, una degeneración de aquel temperamento que en otros tiempos había convertido a España en una potencia imperial. Otros incorporan un discurso nuevo, una forma nueva de entender la moral pública, que se aleja de lo castizo y patrioter y reclaman para España los nuevos valores de la educación útil, el espíritu de trabajo o la eficacia económica, identificados con la pujante Europa del momento, si bien, en todos, se aprecia una notable permanencia de los valores tradicionales junto con las nuevas concepciones de la vida que emergían en aquellos momentos. Tal vez, esta fusión de elementos diversos y hasta contradictorios sea la principal característica de esta crisis ideológica y moral.

Un ejemplo de ello es la postura de Isern (no lejana a la de Polavieja) a propósito de la pugna entre el positivismo y una concepción dogmáticamente cristiana de la vida, que tiene lugar en España a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX. Isern, siguiendo un difícil camino intermedio, intenta armonizar las convicciones cristianas con el cientifismo y la racionalidad en la interpretación del pasado y de la realidad social. Del mismo modo, Polavieja, en sus declaraciones y en su actuación, intentará fundir elementos tradicionales e innovadores en la España de su tiempo: su condición de cristiano practicante, que pretende dejar circunscrita a la esfera privada, procura hacerla compatible con la separación entre Iglesia y Estado que propugna, respetando, eso sí, los "pactos solemnemente establecidos", según declara en su manifiesto, en alusión a los acuerdos fijados en el concordato con la Santa Sede.

Dentro de los viejos valores a los que un nutrido grupo de regeneracionistas apelan, el orgullo nacional ante las ofensas recibidas se encuentra en un lugar preeminente. Pero, de nuevo, hay una valoración dispar del orgullo según los autores. Unos lo identifican con patriotismo. Otros, la mayoría, lo consideran una de las causas del *Desastre*. El origen de este orgullo anacrónico era, según Isern, la instrucción recibida, que magnificaba las hazañas de la época imperial y la presunta invencibilidad española, así como el bajo sentido de la responsabilidad de la prensa, que estimulará imprudentemente este sentimiento.

Sin embargo, el orgullo tenía su reverso en la mentalidad finisecular, y éste era el pesimismo, que constituyó uno de los elementos más sobresalientes del subconsciente colectivo español en torno a 1898. El profundo pesimismo y el complejo de inferioridad españoles, apenas confesados, permiten comprender determinadas decisiones en la política exterior en los tres últimos lustros del siglo, como agudamente señaló Jover, y un ejemplo de ello fue la eterna neutralidad que terminó convirtiéndose en un aislamiento suicida. Este pesimismo terminará imponiéndose en la opinión pública cuando los políticos y la prensa no puedan mantener más su triunfalismo y reconozcan el papel marginal en el mundo y la falta de vitalidad económica y social de aquella "Castilla miserable, ayer dominadora" a la que aludía Antonio Machado. Un pesimismo que contrasta con el optimismo expansivo y cruel, en palabras de Allendesalazar, que caracterizaba la prensa norteamericana del momento.

Con Bismarck, modelo del "cirujano de hierro" que inspiró a los regeneracionistas, la *Realpolitik* pasa a ser el lenguaje común en política exterior. El principio de la fuerza es reconocido por todos en el plano internacional, de forma que no hay que justificar, desde el derecho o desde la moral, la política del bastonazo ("big stick policy") que lleva a cabo Inglaterra en Fachoda o los Estados Unidos en Cuba. Intentos como el de Amador y Carrandi de denunciar a los Estados Unidos desde el derecho internacional no tenían ningún sentido en aquel momento y resultaban, por tanto, absolutamente pueriles. El desenlace de la guerra hispano-cubano-norteamericana contribuyó a modificar la percepción que se tenía de la política internacional en la España de la época y, tal vez, en todo el mundo. Aguinaldo, líder de la independencia filipina, llegó a aludir a la "caballerosidad" española, a la hora de respetar una tregua. Se puede afirmar que, de haber existido, la "caballerosidad" entre potencias enfrentadas acabó como mito bélico en 1898.

Polavieja compartía, antes de 1898, el pesimismo en materia colonial, como hemos visto para el caso cubano, y pudo llegar a hacerse eco de la nostalgia por un pasado esplendor pero, al mismo tiempo, propuso soluciones pragmáticas en el terreno económico principalmente, desde

su cargo de Capitán General. Una vez producida la derrota, su postura se debe entender como el deseo de infundir energía a una nación desmoralizada

"porque no dude usted de que sobre nuestro pobre y reducido hogar de hoy vendrán todavía desolaciones mayores, si pronto y resueltamente no acometemos la obra de rehacer a España transformando la política, cambiando de procedimientos de gobierno y administrando con severa rectitud los restos de nuestra pasada grandeza" (Manifiesto, párrafo 6).

Honor, honradez, fama, honra, etc. eran términos que se barajaban insistentemente en torno a 1898. El componente de dignidad individual o de prestigio público que tiene el significado de cada una de estas palabras es algo que ni entonces ni ahora está suficientemente aclarado. Pero no es descabellado asociar íntimamente el término *honor*, (también el de *la honra*), a esta moral del "qué dirán", ya que el honor es, según el criterio más generalizado, ante todo una cuestión exterior al individuo. La España de finales de siglo se haya inmersa en los procesos de transformación de las mentalidades ligados al desarrollo de una sociedad más individualista, pero los residuos del discurso tradicional, "la profunda y extensa conciencia católica de la sociedad" explican el mantenimiento de "considerables reservas y distancias en torno a la creación de un orden social y político liberal", en frases de Juan Pablo Fusi. El honor es una pieza clave del orden tradicional de valores, y tiene una gran vigencia en las declaraciones de los protagonistas de los sucesos de 1898.

En 1895, Unamuno escribía que cada español

"preocúpase de la opinión pública, preocupación que es el fondo del honor y cuida de conservar el buen nombre y la nobleza. La bárbara ley del honor no es otra cosa que la necesidad de hacerse respetar, llevada a punto de sacrificar a ella la vida".

La frase de Sagasta: "España está entre la guerra o el deshonor" da idea de la importancia concedida a este valor antes de la derrota de 1898, concebido algo así como un lastre para hacer política moderna, aunque sólo sea en el discurso (ya que conocemos los condicionantes de Sagasta antes de lanzarse a la guerra con los Estados Unidos: el miedo a los militares, a la opinión pública o a la revuelta popular).

También Costa alude en 1896 a la guerra en Cuba y Puerto Rico, y declara que había que acabar con ella "a cualquier precio que no fuera el deshonor", mientras Canalejas, sarcástico, sentenciaría en el Congreso en septiembre de 1898: "Se perdieron las colonias pero el honor no se ha salvado". En otras ocasiones, el término *honor*, del que se abusó hasta vaciarlo de contenido en 1898, adquirió un carácter justificador de las decisiones de los gobernantes en los diferentes armisticios. Por ejemplo, se capitula en Manila "con todos los honores de la guerra": se perdía, en realidad, lo que se tenía que perder, pero, al menos, quedaba el consuelo de la dignidad sin territorio, de la "honra sin barcos". Lo que siempre se silenció es que detrás del honor y de la integridad de la patria, lo que se defendía de verdad y lo que costó tantas vidas eran unos intereses coloniales muy definidos, casi siempre en forma de monopolios.

Especialmente sensible era la cuestión del honor en ambientes militares. La situación de descrédito del ejército por la responsabilidad de la rendición sin haber agotado las posibilidades

bélicas, y por tanto por la pérdida del honor militar, originó los peligros más evidentes de ruptura del sistema político en 1898. Polavieja, sin duda, compartió este orden de valores, común dentro de los altos mandos del ejército. Tal vez se trataba, en todo caso, de una "honra con barcos" la que defendía Polavieja, a juzgar por su insistencia en reconstruir rápidamente la Armada, según declara en su manifiesto.

Frente al honor, justificador de tantos atropellos, que hacen declarar al joven Azorín que es la institución más peligrosa y sangrienta de la humanidad, la honradez, sin ser un valor que pudiéramos considerar nuevo, parece ser la alternativa en la mente de los españoles de aquel momento. En el contexto moral de 1898, la valoración de la honradez en un personaje público era una protesta tácita a la corrupción que viciaba el sistema canovista. Referida a un general, está asociada a no ocultar la verdad en relación a la situación de la guerra y a no abusar de su cargo para enriquecerse, como se acusó a menudo a los Capitanes Generales con destinos en Ultramar. La prensa fue la única instancia de "poder", podríamos decir en términos actuales, que se permitió desafiar al ejército, la única que se atrevió a acusar a generales de alta graduación, casi siempre en forma de sátiras, tan frecuentes en la época, lo que será un síntoma más de la pérdida de la confianza de la sociedad española en sus dirigentes (un ejemplo de estas sátiras la ofrece *El Pájaro Verde*, Barcelona, 30-VI-1898).

Según Unamuno, se estaba produciendo una lucha entre el pueblo nuevo y "el viejo espíritu histórico nacional, que reacciona frente a la europeización":

"¿Está todo moribundo? No; el porvenir de la sociedad española espera dentro de nuestra sociedad histórica, en la intra-historia, en el pueblo desconocido, y no surgirá potente hasta que le despierten vientos o ventarrones del ambiente europeo".

Desaparecía sensiblemente un estilo de mirar a nuestro pasado histórico y se empezaba a abrir paso una nueva forma de plantear la labor del historiador. Resulta significativa la figura de Rafael Altamira y su obra *Historia de España y de la civilización española* (1900), que preludia el nuevo siglo. No es la historia de una minoría de héroes, sino la de los pueblos. Esto significa que en la sociedad española aparece la idea de un nuevo patriotismo (y heroísmo) que pugna por desplazar al antiguo. O mejor aún, como indicó Morote siguiendo a Campomanes, se pretendía recuperar el verdadero sentido de la grandeza de España en época de los Reyes Católicos y de Carlos V, consistente en ser una nación eminentemente industrial. Costa llega a insultar al supuesto espíritu patriótico de los oligarcas al considerarlos "una facción de extranjeros, apoderados por la fuerza de ministerios, capitanías, telégrafos,...". El propio término de patriotismo queda desvirtuado por el abuso que hacen de él los que se limitan a cruzarse de brazos y dejan que se hunda el país "al son de los retruécanos", en frase de Maragall, en vez de hacer frente a las necesidades verdaderas de la nación, representadas por el hombre "práctico" de Azorín

"Un patriota: ¡Viva el honor!

Un hombre 'práctico': ¡Viva el trabajo!" (AZORÍN, *Madrid Cómico*, 10-IV-1898).

Las propuestas de Polavieja están muy en consonancia con el nuevo cambio de valores propugnado. En su manifiesto se queja de la inoperancia de los "teóricos" e insiste en

"la necesidad de que a la política de abstracciones substituya en el Gobierno la política agraria, la política industrial, la política mercantil",

así como en abandonar las viejas prácticas políticas y empezar a pensar en

"los campos sedientos, en los caminos sin abrir, en los montes talados por el caciquismo, en los transportes costosísimos, en los puertos, en los talleres, en los tratados de comercio y en la protección inteligente de todo interés constituido y toda riqueza que nace" (Manifiesto, párrafo 15).

Lo mismo podríamos decir de las ideas de Costa. Lo importante de todas estas declaraciones es que eran compartidas por la mayor parte de los españoles, y que el cambio general de ideas se ha consumado en un breve plazo de tiempo a partir de la situación crítica producida por la guerra.

Las líneas del extenso manifiesto de Polavieja están inspiradas tanto por valores sociales y morales que hoy consideramos retardatarios, como por los que anticipan la modernidad: son notorias las alusiones a la moral cristiana, a una determinada mística varonil del ejército, junto a las alabanzas a la legalidad liberal, el aprecio a la laboriosidad, la justicia social, etc.

Y no sólo las declaraciones, sino los actos mismos del general están impregnados de esta dualidad. Un detalle aparentemente inofensivo como la presencia de bicicletas (el *correo ciclista*) en la manifestación de bienvenida a Polavieja en Barcelona y en Madrid (mayo de 1897) parece una nota discordante en una manifestación patriótica del estilo de la que se brindó al general. Pero la bicicleta es un factor de modernización intenso, considerado incluso en la época como contrario a la buenas costumbres, pues obligaba al cambio en la vestimenta de las mujeres y a que el hombre perdiese, presuntamente, su actitud caballeresca. *Juanito Pedal* y los miembros del correo ciclista que llevan el portautógrafos oficial de Polavieja desde Barcelona a Madrid, consiguen demostrar que el velocípedo es más rápido que cualquier otro medio de transporte del momento (*La Derecha*, Zaragoza, 15-V-1897).

El apoliticismo aparente de los regeneracionistas es, en realidad, una nueva forma de hacer política, un nuevo tipo de compromiso con la colectividad. De especial trascendencia es la opinión de los regeneracionistas sobre la capacidad transformadora de las masas y, en esa medida, hay que valorar el grado de democratización que contenían sus programas. La movilización iniciada por Polavieja tenía como objetivo la defensa de la legalidad, lo que es notable teniendo en cuenta la trayectoria del ejército español decimonónico. Sin embargo, parece quedar clara una situación transitoria autoritaria

"en todo será preciso que penetren el hierro y el fuego. O cauterizar con mano implacable las llagas, o aguardar a que de ellas nos venga la muerte (Manifiesto, párrafo 9).

Paradójicamente, Polavieja reclama una amplia base social, al mismo tiempo, y declara que han de ser las masas (las clases "neutras", los no políticos, los que se abstienen...) las que presten el apoyo necesario para la empresa regeneradora. Si alguna dictadura le "engolosinaba", en expresión de Romero Maura, debía ser completamente plebiscitaria y exigir el concurso de

"todas las grandes fuerzas sociales, todos los elementos neutros de opinión" (Manifiesto, párrafo 29).

Esta contradicción es común a la mayor parte de los regeneracionistas, y tendrá su continuidad en los gravísimos problemas de interacción entre elites y masas en la España de este siglo XX que termina.

El afán regeneracionista por influir en las decisiones políticas o por conseguir el poder se canalizará por distintos caminos. El general Polavieja y sus seguidores lo intentarán con su manifiesto y con el plan de adhesiones a su programa. Costa y Paraíso lo harán con sus asambleas y las ligas de agricultores, industriales y comerciantes. Unos y otros infravaloraron el poder de las redes políticas existentes.

Como indica Silvia Tusell:

"El general Polavieja fue el regeneracionista que estuvo más cerca del poder. Creía que con un apoyo social, de personas y asociaciones de cualquier género, podría presentarse a Palacio, pedir el poder y desde allí iniciar un programa de reformas".

Hábilmente, Silvela consigue atraer al general a comienzos de 1899 y capitalizar su prestigio. *La Daga Florentina*, conservaba su buen nombre intacto en 1898, ya que se mantuvo al margen de la guerra y de los fraudes electorales del canovismo. A la muerte de Cánovas, se fue consolidando como el jefe del partido conservador y, por tanto, estaba en condiciones óptimas de reemplazar a Sagasta después del *Desastre*. Todo obraba en su favor para dar continuidad al sistema de la Restauración a través de él y evitar la novedosa solución de Polavieja. El discurso regeneracionista de Silvela y la calma social que reinó después de la derrota le granjearon algo más de base social, pero fue esencial la que aportó Polavieja y el movimiento catalán. Polavieja, que inicialmente partía como líder del futuro gobierno, tuvo que aceptar el ministerio de la guerra en el gabinete Silvela para no quedar marginado definitivamente, como otros movimientos regeneracionistas. Pero, al ceder ante el partido conservador, Polavieja perdió sus apoyos (Canalejas, la burguesía catalana,...) y pronto hubo de someterse al presupuesto formulado por Fernández Villaverde, hombre fuerte del gabinete silvelista, lo que impedía la reforma militar y la aplicación del resto de su programa.

La herencia regeneracionista quedará en el discurso, en la mentalidad colectiva, pero se traducirá muy poco en actos gubernamentales o en cambios sociales efectivos. Según Jover Zamora (1981), la terminología y la retórica movilizadora del regeneracionismo llegarán a convertirse en una "prolongada coartada de una oligarquía".

La broma amarga de Reparaz, al entregarle Silvela un destino más allá de los Pirineos, era una queja sobre la situación que dejaba atrás en 1899:

"El 29 de abril traspuse, gozoso, la frontera. Sentíame renacido. El regenerado era yo. ¡Había siquiera uno!.

El desencanto inevitable y sus consecuencias

El fracaso del proyecto de Polavieja, así como el de los demás regeneracionistas que aspiraron a llevar a la práctica sus programas, está relacionado con la impotencia para crear una red alternativa de apoyos que aúpe su proyecto a la cúspide del Estado. Estas redes unían (y unen) a la prensa, los políticos, los medios financieros, los militares y cualquier otra instancia de poder, en un tejido muy tupido de interrelaciones.

La prensa era, además del espacio donde se produce la lucha entre las diversas opciones políticas, tanto o más que en el parlamento, un lugar privilegiado para hacerse eco y difundir los viejos valores (el honor, la caballeridad, el orgullo patrio ante las ofensas de extraños,...) o los nuevos (moralidad pública, eficiencia económica, laboriosidad,...). La "opinión pública" se abría paso, así, entre las múltiples ideas vertidas en los periódicos, en función del apoyo económico y político que recibían, más que por su valor intrínseco. El pesimismo colectivo, la inseguridad, el temor o, como dijera Sagasta, "la fatalidad", junto a la irreflexión y la seguridad en una victoria imposible, se transmitían "infamemente", y creaban un estado de opinión en el que se escudaban los políticos para tomar sus decisiones.

Por eso se necesitaban mutuamente los políticos y los periodistas-publicistas, a pesar de la denuncia reiterada del trabajo mercenario del redactor; unos y otros se enviaban constantes misivas y no permitían el paso a elementos extraños a sus intereses. En períodos bélicos, los militares ocupaban un puesto especialmente activo en aquella red.

De esta forma, el político es la cúspide de una organización: el partido o la facción dentro del partido con sus medios de prensa, por un lado, y de un conjunto de relaciones económicas, por otro. El dinero es clave para sostener el poder político del momento: un grupo de empresas, un conjunto de negocios o una compañía propia o familiar respaldan a cada uno de los políticos relevantes, como mostró Tuñón de Lara (1975) en relación a la España de comienzos del siglo XX.

El proyecto regeneracionista atentaba contra las organizaciones caciquiles, parte esencial de la red política del momento. Varela Ortega supo captar la falta de viabilidad de sus programas, pues reclamaban reducir el gasto público (por tanto restringir los puestos para la clientela política), y moralizar la administración (es decir, no poder "premiar al amigo y castigar al enemigo" con cargo al Estado): "No surgió nadie del oficio" dispuesto a apoyar un programa que era "su propio suicidio político" y, por lo mismo, pocos periodistas de moda.

Se consumaba así la subordinación de la prensa a la política, y la subordinación de la política a los intereses económicos de la oligarquía mediante una red, o tela de araña, de relaciones familiares, de luchas, de presiones, de influencias, de contactos personales, de favores que se deben, de insultos calculados y bien pagados, de defensas encarnizadas o panegíricos.

El grupo de publicistas, los contactos en el ejército o en la política (incluso en Cataluña), con los que contaba Polavieja en 1898 eran claramente insuficientes para llevar a cabo una empresa que se oponía a la inercia del esquema político del momento. La trama de la red estaba mejor urdida en el caso de Silvela, que hereda el tinglado tradicional oligárquico-caciquil del Partido Conservador, con poderosos medios periodísticos y mucho dinero para hacerlo

funcionar, con fuertes dependencias y relaciones personales decisivas (muchos le debían el escaño, otros se lo debían a Cánovas, pero éste había desaparecido...).

Resultaba impensable organizar en poco tiempo una red alternativa o un modelo diferente de funcionamiento político y periodístico, por lo que los intentos de cambio brusco propugnados por Polavieja y otros regeneracionistas, en el fondo unos recién llegados a la arena política, no pasaron de ser una declaración de intenciones o un predicar en el desierto.

La decisión de Polavieja de transigir y entrar en el gobierno de Silvela ha de entenderse como la única posibilidad de no desaparecer como alternativa legal. Con todo, el gabinete conservador, con Durán y Bas en Justicia y Villaverde en Hacienda, demostró ser una solución débil y llena de contradicciones. A Polavieja, perdidos sus antiguos apoyos, le fue imposible llevar a cabo su programa, por la presión presupuestaria que impuso Villaverde, y dimitió a finales de septiembre de 1899.

Después de su dimisión, Polavieja se alejará llamativamente de la política activa, con las excepciones del conflicto que mantuvo en 1905 con Maura, a propósito de su candidatura, apoyada por el Rey Alfonso XIII, a Jefe del Estado Mayor, que provocará la fulminante destitución del entonces Presidente del Gobierno, al oponerse a dicho nombramiento. Esta pugna constituye un gesto muy significativo de la nueva alianza del ejército y la monarquía que tendrá lugar a comienzos del siglo XX, y del distanciamiento entre dichas instituciones y "los políticos"... una separación que era el síntoma de la ruptura de un diálogo en la cúspide del poder, de la progresiva incomprensión entre los valores de uno y otro lado, que tendrá dolorosas consecuencias en la sociedad española.

Quedaron las ideas (también las contradicciones), y quizás nunca se insista suficiente en la capacidad de los pensamientos de los regeneracionistas para servir de fermento en la mente de los españoles del siglo XX y tal vez del siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ALLENDESALAZAR, J.M. (1974): *El 98 de los americanos*. Madrid.
- ALTAMIRA, R. (1900): *Historia de la civilización española*. Madrid, Crítica, 1988.
- ANTA FÉLEZ, J.L., (1990): *Cantina, garita y cocina. Estudio antropológico de soldados y cuarteles*. Madrid, Siglo XXI.
- AMADOR Y CARRANDI, E. (1899): *La guerra hispano-americana ante el derecho internacional*. Madrid.
- AZORÍN, MARTÍNEZ RUIZ, J. (1908): *El político. Epílogo futurista*. Espasa Calpe, Madrid, 1984.
- CAYUELA FERNÁNDEZ, J.G. (1993): *Bahía de ultramar. España y Cuba en el siglo XIX. El control de las relaciones coloniales*. Madrid, Siglo XXI.
- COSTA, J. (1902): *Oligarquía y caciquismo como forma actual de Gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla*. Madrid, Revista de Trabajo, 1975.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, M. (1968): *Historia política de la España Contemporánea*. Madrid, Alianza.

- FUSI, J.P. (1989): "La sociedad española. Claves para su entendimiento" en *Encuentros culturales 1989*. Madrid, A.C.T. I.
- GALLEGO, J. A. (1971): "Regeneracionismo y política confesional, 1889-1899" en *Archivo Hispalense*. Sevilla.
- ISERN Y MARCÓ, D. (1899): *Del desastre nacional y sus causas*. Madrid, Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- (1907): *Las capitanías generales vacantes*. Madrid.
- JOVER ZAMORA, J.M. (1961): "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX", en *Política, diplomacia y humanismo popular*. Madrid, 1976, p. 122.
- (1981): "La época de la Restauración. Panorama político social, 1875-1902", en TUÑÓN DE LARA (Dir.): *Historia de España*, tomo VIII. Barcelona, Labor.
- (1997): "Aspectos de la civilización española en la crisis de fin de siglo" en FUSI, J.P. y NIÑO, A. (Eds.): *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- LEMA, Marqués de (BERMÚDEZ DE CASTRO, Salvador) (1930): *Mis recuerdos (1880-1901)*. Madrid, CIAP.
- MORENO FRAGINALS, M. (1996): *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*. Barcelona, Crítica.
- MOROTE, L. (1900): *La moral de la derrota* (Extractos). Madrid, Biblioteca Nueva, 1997.
- POLAVIEJA, C. García de (1898): *Relación documentada de mi política en Cuba. Lo que vi, lo que hice, lo que anuncié...* Madrid, Imprenta de Emilio Vinuesa.
- (1898) "Carta-manifiesto del general Polavieja", en *El Imparcial*. Madrid, 10-X-1898.
- RAMOS, D. (1996): "Cuba y Puerto Rico en la España de comienzos de la década de 1890", en DE DIEGO, E. (Dir.): *1895: La guerra en Cuba y la España de la Restauración*. Madrid, Ed. Complutense.
- REPARAZ, G. (1920): *Aventuras de un geógrafo errante*. Berna, Ed. Ferd. Wyss.
- ROMERO MAURA, J. (1975): *La Rosa de fuego. Republicanos y anarquistas: la política de los obreros barceloneses entre el desastre colonial y la Semana Trágica*. Barcelona.
- SECO SERRANO, C. (1983): "El general cristiano" en *Viñetas Históricas*. Madrid, Espasa-Calpe.
- SERRANO, C. (1984): *Final del Imperio. España 1895-1898*. Madrid, Siglo XXI.
- TUÑÓN DE LARA, M. (1974): *Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo*. Madrid, Edicusa.
- (1975): *Historia y realidad del poder. El poder y las elites en el primer tercio de la España del siglo XX*. Madrid, Edicusa.
- TUSELL, S. (1989): *Reinado de Alfonso XII y regencia de María Cristina*. Barcelona, Salvat.
- UNAMUNO, M. (1895): *En torno al casticismo*. Madrid, Alianza, 1986.
- VARELA ORTEGA, J. (1977): *Los amigos políticos: partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*. Madrid, Alianza.